

ANTON ARRIOLA
EL CASO
NEWTON



erein

ANTON ARRIOLA

EL CASO NEWTON

31

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: abril 2018

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© Anton Arriola

© EREIN. Donostia 2018

ISBN: 978-84-9109-303-9

D.L.: SS - 381/2018

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

ANTON ARRIOLA

EL CASO
NEWTON

erein

*I could stand in the middle of
5th Avenue and shoot somebody and
I wouldn't lose voters¹.*

DONALD TRUMP, *presidente de EE.UU.*

¹ “Podría pararme en mitad de la 5ª Avenida y disparar a alguien y no perdería votos”.

Bilbao, noviembre de 2001

Días después lo recordaría vivamente. El profesor Ariza acababa de entrar en mi despacho. Apenas franqueada la puerta, había soltado aquella sentencia intempestiva:

“Azurmendi, tengo algo muy grande entre manos”.

Vaciló un instante, como impactado por sus propias palabras, y luego se sentó y fijó una mirada ausente en la pared. Transcurridos unos segundos pasó a adoptar una expresión extraña. Diríase que por una vez, sobrecogido por la importancia del asunto que se traía entre manos, le había abandonado su habitual suficiencia y parecía incluso asustado. Esperé con expectación a que retornara, y cuando lo hizo repitió la frase, todavía medio ausente. Esta vez lo dijo más despacio y otorgando peso a las palabras, de una forma solemne que en aquel momento, y a pesar del respeto que yo le profesaba, me había parecido ridícula.

Desde entonces, sin embargo, he tenido amplia oportunidad de corregir mi escepticismo. El discurrir de los acontecimientos ha conferido a sus palabras esa cualidad, inquietante y fatalista, de los vaticinios de índole trágica.

—Enhorabuena, Arcadio —había exclamado por decir algo, interpretando que tal vez esperaba una reacción por mi parte.

Fijó su mirada en mí. Me escudriñó, como intentando discernir si merecía la pena compartir sus asuntos conmigo, o si podía fiarse de mí. Pero más bien parecía no estar seguro de que aquello tan importante fuera materia a compartir con nadie.

—Ayer volví de Londres, ¿sabe?... —pronunció la frase mientras seguía elucubrando, probablemente no muy consciente de lo que había dicho. Debía necesitar unos segundos más para decidirse a hablar, ya que tras darme aquella información había vuelto a fijar la vista en la pared.

Decidí aprovechar que tenía bajada la guardia para observarle con cierto detenimiento. Ariza era una de esas personas que exudan tal intensidad que no parecen estarse quietas un segundo, lo que hacía difícil hacerse una foto fija. Por otro lado, cuando por unos instantes centraba su atención en ti, esa misma intensidad te obligaba a clavar tus ojos en los suyos, ardientes como brasas. De tal manera que yo no había logrado todavía establecer una opinión de conjunto. Su carácter extravagante se mostraba de forma más inmediata en la vestimenta, insólita entre los sobrios catedráticos de la Universidad de Deusto. Aquella mañana llevaba un traje color caqui con unos vistosos zapatos granates, pañuelo estampado y la camisa y la corbata en

distintas tonalidades del morado. Sorprendentemente, aquel atuendo resultaba elegante y bien conjuntado, realzando su buena planta; aunque en realidad era de estatura mediana –yo le debía sacar una cabeza–, pero se trataba de uno de esos hombres a los que el carisma o el status social acrecientan de alguna manera la altura meramente física. Es decir, tenía lo que se suele denominar empaque. Su caballera era poblada y muy rizada –pequeños rizos negros–, y aquel pelo, junto a la nariz larga y ganchuda, y los ojos también negros y permanentemente inquietos, le daban un cierto aspecto de mercader judío, de esos que imaginamos astutos y algo mezquinos en lo referente a los asuntos mundanos. Y era aquel aspecto de comerciante (o de tratante de arte) el que no acababa de cuadrar con su condición de erudito. Porque Arcadio Ariza ostentaba cátedras en Historia del Pensamiento y en Literatura, y era un experto de renombre mundial en lo concerniente a los siglos que van del Renacimiento a la Ilustración.

–Me he traído un tesoro de Cambridge –había dicho entonces de improviso, deteniendo mi exploración antes de que ésta pudiera llegar a su conclusión–. Un libro de enorme importancia, créame que se quedaría usted impactado.

Volvía a mirarme, pero sin su intensidad habitual, parecía haber hablado más para sí mismo, por lo que no me vi impelido a responder de inmediato. Por tanto aquello tan grande que tenía entre manos era un libro.

No me sorprendió, ya había oído que Ariza era también un reconocido bibliófilo, poseedor de una notable colección de ediciones antiguas. Podía en ese caso entender que estuviera excitado con su nueva adquisición, incluso sobrecogido por la importancia de aquel raro ejemplar, pero me seguía sin cuadrar la expresión de alarma que dejaba traslucir a cada rato. De alarma y también de responsabilidad, como si tuviera por delante una tarea que le sobrepasara.

—¿Literatura o teoría social? —dije, pareciéndome lo propio dar hilo a la conversación con una pregunta vaga que no cayera en la indiscreción.

—No, no —contestó, y por un momento esbozó una media sonrisa—. Se trata de algo muy diferente esta vez, un enfoque novedoso en mis investigaciones, pero primordial en la configuración del hombre moderno.

Asentí interesado. El objeto principal de las investigaciones de Arcadio era en efecto la configuración del *hombre moderno*, a partir del antropocentrismo iniciado en el Renacimiento. Un asunto manido, pero con ramificaciones todavía interesantes. Yo mismo había colaborado en su proyecto de investigación mediante el análisis de las transformaciones religiosas de aquella época, en la que se había comenzado a gestar la identidad moderna. A pesar de que los jesuitas me habían asignado a la sección de Antropología, y por mucho que mi carrera como sacerdote se hubiera visto abruptamente interrumpida dos años atrás, el doctorado en Teología

y los veinte años de cura a las espaldas seguían haciendo de mí un candidato idóneo para cualquier estudio que tuviera que ver con la religión. Además, hacía ya un tiempo que los propios jesuitas escaseaban en su universidad, y en el área de Humanidades que dirigía Ariza y englobaba a mi sección tan solo quedaba un miembro de la orden, un viejo profesor de latín.

Mi jefe me miró en ese momento con un brillo intenso en sus ojos; aquella sí era una mirada reconocible. De un instante a otro, parecía haberse recompuesto del extraño sobrecogimiento que durante unos minutos le había embargado. Recordé que al entrar en el despacho tenía una disposición muy animosa, y solo al sentarse había cambiado de actitud. Ahora volvía a mostrar su seguridad habitual, el susto fugado o ausentado de su rostro. Movi6 un par de veces la barbilla hacia arriba, sutilmente, como interpelándome. Apenas intenté discurrir un instante a qué podía referirse, no tenía sentido hacer cábalas; o quizás encontraba algo humillante jugar a acertar, como se les suele obligar a hacer a los niños. Realicé un gesto similar al suyo, devolviéndole la pelota.

—Física —dijo entonces, tras vacilar todavía un instante. Después concretó por fin de qué se trataba, disipando de un plumazo todo el misterio anterior—. Azurmendi —recalcó—, el libro que me he traído de Cambridge es una primera edición del *Principia Mathematica* de Isaac Newton.

Pensé de inmediato que aquello era una mezcla de bravuconada y extravagancia, una *boutade* como dice la gente fina. No era que dudase de que Ariza tuviera en efecto aquel libro en sus manos, alguna razón habría para que lo hubiera adquirido, pero la pretensión de que un libro de física pudiese ser parte de sus investigaciones sobre la configuración del hombre moderno era insostenible. Éramos gente de letras, yo no era capaz de interpretar la ecuación más sencilla, y estaba seguro de que mi jefe tampoco.

—¿Matemáticas? —pregunté, más haciéndome el sorprendido que realmente interesado.

Ariza me había mirado con una suficiencia rayana en la pedantería, habitual en él cuando se entraba en materia académica.

—No sea excluyente —contestó—, usted debe saber que no se trata tan solo de matemáticas, sino más propiamente de los principios matemáticos de la filosofía natural. *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, ese es su título completo. Imagino que sabrá también que Newton escribió mucho más sobre alquimia y religión que sobre argumentos científicos, y que sus creencias en dichos apartados eran tan radicales como sus aportaciones a la ciencia.

Asentí dubitativo. Algo había oído, pero realmente conocía muy poco la obra de Isaac Newton. Como digo, soy un hombre de letras. Tampoco me encontraba muy predispuesto a recibir una lección sobre el tema en aquel

momento. Soy una de esas personas que se despiertan algo aturcidas y necesitan comenzar el día al ralenti, sin que las importunen los que por contra se alzan de la cama repletos de energía, Ariza por ejemplo. Además, faltaban solo diez minutos para la primera clase del día. De tal manera que opté por una pregunta evasiva.

—¿Lo ha comprado? Debe costar una fortuna.

Me miró con fastidio. No era de eso de lo que le apetecía hablar. Pareció ir a decir algo y después cambiar de opinión. Seguidamente se alzó de la silla.

—Hay todavía mucho que desentrañar en los escritos de Newton —señaló—, tal vez le pida su ayuda más adelante... estoy seguro de que no me concederán mucho tiempo.

Me había extrañado el tono misterioso de aquellas palabras, que esta vez no parecían ser un artificio —una *boutade*—. Mostré mi disposición a colaborar en lo que fuera que se traía entre manos. Ariza movió ligeramente la cabeza en un gesto de agradecimiento y entonces, en un súbito destello, el temor había vuelto a sus ojos febriles, turbando su rostro. Seguidamente se había girado para salir huidizo del despacho.

1



No tuve ocasión de prestarle mi ayuda, no hubo lugar, yo no volví a hablar con Arcadio, es decir, no volví a hablar con él en su estado de plena consciencia, antes del fatal incidente. Ocurrió unos días más tarde, aquella mañana al entrar en el claustro yo era de los pocos que no se habían enterado todavía, no soy de los que escuchan los informativos a primera hora, pero el revuelo de los habitualmente pacíficos profesores anunciaba algo muy grave. Me pusieron al tanto con presteza: Ariza había sufrido un terrible accidente en su biblioteca, no había muerto, pero tenía heridas de extrema gravedad y se encontraba en estado de coma, ingresado en la UCI del Hospital de Cruces. Al parecer una pesada estantería de roble cargada con centenares de tomos se le había desplomado encima. No hubo tiempo para más explicaciones, en realidad poco

más se sabía, pero en cualquier caso comenzaban ya las clases y casi todos teníamos que pasar antes por nuestros despachos. Terminada mi primera hora me dirigí de nuevo al claustro, donde Miren Elejabeitia pudo contarme algún detalle adicional. Fue una suerte encontrármela, nadie iba a haber recabado más pormenores que aquella hiperactiva mujer. Yo no tenía clase hasta las doce, y ella también estaba libre —era profesora de Historia Contemporánea—. Nos sentamos en un sofá apartado para hablar con tranquilidad.

Me aclaró que el percance había ocurrido el día anterior, después del mediodía. Se lo había encontrado la encargada de la limpieza al pasarse esa tarde por la biblioteca.

—La señora se topó al *povero* Ariza con una mitad del cuerpo aplastada bajo la estantería y un charco de sangre alrededor de su cabeza... por lo visto tiene la *testa* rota —Acompañó esta última afirmación con el gesto que se hace para señalar que alguien está loco, quería decir que aquella cabeza no iba a volver a funcionar. En cuanto a los vocablos italianos, era una costumbre que mantenía desde que realizara estudios doctorales en Bolonia, quince años atrás.

—Qué ironía, qué muerte ridícula, aplastado por los libros que amaba, te imaginas, el azar que se burla de nosotros —señaló—. No somos nada, Azurmendi, *non siamo niente*.

Le recordé que Ariza no estaba muerto y que no había que descartar su recuperación. La medicina podía hacer milagros.

—¡Milagros! No te hagas el cura conmigo, que nos vamos conociendo —exclamó, y seguidamente comenzó a contarme chismes sobre el accidentado. Me asaltó la noción de que no estaba bien hablar de la vida privada de Ariza mientras él yacía en la UCI, pero no puedo argüir que no disfrutara del recuento de intimidades. Al fin y al cabo, el gusto por el cotilleo es uno de los atributos más unánimes entre los miembros de nuestra tantas veces despreciable especie. Y el instinto de conservación es otro de ellos: lo cierto es que en nuestra pequeña charla no dejaba de intuirse un soterrado alivio porque lo que le había pasado a Ariza —accidentado o moribundo en el Hospital de Cruces— no nos hubiera ocurrido a ninguno de los dos.

—Por lo visto su biblioteca vale millones —decía ella—. Contiene incontables manuscritos del XVI al XVIII y unos cuantos incunables de relumbrón. Ya sabes, literatos y pensadores: *Orlando Furioso*, los *Essais* de Montaigne, la *Utopía* de Moro, *La vida es sueño*... En casi todos los casos primeras ediciones. Una fortuna. No sé qué acuerdo tendrá con la universidad, pero me consta que la Compañía de Jesús le apoya con lo de la biblioteca, y además muy arriba; sé de buena fuente que tiene línea con el jefe supremo, ya sabes, *il Papa nero*...

Al hacer esta confidencia bajó la voz y se acercó a una distancia que se me hizo embarazosa, mi sistema

olfativo inundado por un perfume de almizcle sensual y sofisticado, mi mirada irremediabilmente insertada en su sujetador de encaje color hueso. Al separarse con un movimiento ágil y enérgico, sonaron sus brazaletes dorados y el sutil frufrú de su blusa de seda. Miren era la indiscutida venus del claustro: rostro exótico, espesa melena de un color rubio tostado, figura incitante, ademanes desinhibidos... una mujer muy atractiva, no cabía duda. Al levantar la mirada constaté que esperaba una respuesta. Podía optar entre la fortuna de Ariza o su relación con los jesuitas; elegí lo primero.

—Tengo entendido que Arcadio es un hombre rico de familia.

Movió la mano por encima de su cabeza en un rápido remolino.

—Riquísimo, y desde hace generaciones —sus ojos color miel brillaron ahora con más intensidad—. Una familia de las de alta alcurnia del Bilbao de toda la vida, de las pocas anteriores a las minas y a todo lo que vino después. Arcadio es el último de la saga, por ahora sin descendencia, y no creo que se le ocurra a estas alturas... *grande peccato*. Lo que sé es que tiene varios inmuebles en el centro de Bilbao y una fortuna invertida en su biblioteca, y que ostenta un título de marqués. Pero sospecho que eso no es más que la punta del iceberg. Y lo que no sabemos —bajó la voz de nuevo, pero esta vez no se acercó tanto, debía haber percibido mi timidez anterior—, es a quién le va a caer el...

Realizó entonces ese gesto universal que señala al dinero, frotando los dedos índice y pulgar de su mano derecha como el que cuenta monedas. Asentí levemente con la cabeza –mi *testa* por fortuna todavía entera– para señalar que había comprendido.

–¿No tiene pareja? –pregunté.

Miren se tiró para atrás elevando mucho el mentón y sacando hacia fuera sus finos labios.

–Un ejército, o más bien habría que decir un harem. Nuestro doctísimo Arcadio es un mujeriego, un verdadero donjuán.

Aquella aseveración me sorprendió. Y no voy a negar que la sorpresa viniera acompañada de un fugaz brote de envidia, como imagino que les ocurra a casi todos los hombres cuando oyen de uno que triunfa con facilidad con las mujeres. Sospecho que a la generalidad de los varones el del galanteo nos parece un arte insondable, y sin embargo hay unos pocos tipos que, sorprendentemente, lo dominan con total naturalidad. En cuanto a la envidia, hay que entender que nuestro instinto más poderoso es precisamente ese que nos incita al galanteo; además, había que tener en cuenta que, en lo que a mí respecta, tenía mucho tiempo perdido que recuperar. Por otro lado, en el caso de Ariza existía un motivo adicional para la sorpresa, porque a mí personalmente se me hacía afeminado.

–Imagino que será por su dinero... –aventuré mezuquino, y de inmediato me arrepentí.

Miren me miró con una sutil sonrisa irónica, y no pude evitar ruborizarme. Giré unos segundos la cabeza hacia el grupo de profesores que charlaban al lado de la ventana, como interesado o sorprendido por alguna palabra suelta que hubiera llegado hasta nuestro rincón, y al volverme de nuevo ella se estaba levantando.

—Tengo que irme, ya seguiremos charlando —dijo, mientras apoyaba la palma de su mano sobre la mía—. A ver cuándo te vienes a tomar algo con mis amigas, que están deseando conocerte —añadió, ya marchándose, con un guiño coqueto de su ojo izquierdo.

Me quedé todavía un rato en el mismo rincón del claustro. Meditaba impresionado sobre el infortunio de Arcadio: la pesada estantería, su cuerpo atrapado, el charco de sangre, el traje claro manchado. La *testa* rota y el empaque perdido. Pero por debajo de estas imágenes circulaba otra turbación, provocada en este caso por Miren Elejabeitia. ¿Había coqueteado conmigo? ¿Tenía *posibilidades*? Me excitaba la oportunidad, a la vez que me azoraba no saber qué hacer con la ocasión, no saber aprovecharla; pertenecer a esa generalidad de hombres torpes en el galanteo de la que ahora había que excluir a Ariza. Pero eso no evitó que fantaseara con los posibles matices de un encuentro con mi compañera de claustro. Un rato después, al ir agotándose la fuerza de tales elucubraciones, me vinieron a la cabeza, inevitablemente, imágenes de Ane. Lo que en los últimos tiempos me solía incitar a realizar una reflexión de conjunto.

Llevábamos ya dos años juntos, pero ese *juntos* había ido derivando hasta enmarcar una relación líquida, inasible como una anguila. Muy pronto, ella me había pedido que mantuviéramos un cierto grado de libertad. De saque aquel concepto me había parecido no solo inapropiado, sino incomprensible, sobre todo viniendo de una mujer. Sin embargo, no lo había catalogado nunca de inasumible. Por un lado, yo había llegado a conocerla en profundidad, y sabía que era un espíritu que necesitaba respirar libre, sentirse joven y con el mundo por descubrir: conservaba ilusiones de adolescente que yo no deseaba marchitar. Me había relatado el desenlace de algunas de sus experiencias sentimentales, su desencanto al sentirse atada y oprimida, y su amargura y desesperación al hallar sus alas definitivamente cortadas. Quería evitar caer en el mismo error. Por otro lado, el sentirme plenamente libre tras más de dos décadas reprimiendo mis instintos naturales, había supuesto para mí una conmoción que al inicio subestimé. Lo cierto es que yo también tenía un mundo por descubrir, y la curiosidad y el arrojo se habían ido acrecentando según me iba acostumbrando a esa nueva realidad.

En la práctica nuestro acuerdo significaba que yo mantenía mi piso en Sopelmar y pasaba dos o tres noches a la semana en el caserío de Ane; que los dos podíamos salir y entrar por nuestra cuenta sin dar explicaciones; y que no hacíamos planes para un futuro conjunto. Dentro de estos parámetros intentábamos pasarlo lo

mejor posible. Hasta entonces yo no había aprovechado la laxitud de nuestro acuerdo para establecer relaciones con otras mujeres; si ella lo había hecho o no, lo desconocía. Creo que no soy una persona particularmente celosa, más bien al contrario, aunque esta condición estaba todavía por probar. La realidad es que no sabía cómo reaccionaría de llegar a saber que Ane me era infiel.

Por otro lado... ¿acaso alguien lo sabe?

¿Acaso sabía yo cómo reaccionaría la propia Ane, de conocer el detalle de mi ensoñación apenas perpetrada con la venus de la universidad?

Poco antes de las doce abandoné el claustro para dirigirme al aula. Por los pasillos seguía meditando sobre nuestra relación. Ella solía decir que admiraba en mí esa necesidad imperiosa de embarcarme en cruzadas de la más diversa índole (incluidas unas cuantas causas perdidas que me habían hecho sudar sangre, alguna de ellas literalmente). Opinaba también –de forma quizás algo contradictoria– que con frecuencia me excedía; que dejara por favor de intentar arreglar el mundo. Fuera como fuera, podía decirse que había hecho progresos significativos en ese sentido: en aquellos días centraba mis anhelos redentores en algo tan ordinario como tratar de insuflar en mis alumnos el interés por la Antropología Social y Cultural. Una tarea ciertamente inofensiva, quizás algo frustrante, pero exenta de grandes peligros, fuesen físicos, éticos o emocionales.

La siguiente hora dediqué mis energías a debatir con ellos sobre las nuevas formas de colonialismo. Más tarde, terminada la clase, me refugié en mi despacho, un pequeño cubil al que se llegaba después de atravesar un laberinto de pasillos en la cuarta planta de unos de los patios centrales de *La literaria*. Un lugar aislado y remoto, donde dedicaba las horas centrales del día a mis lecturas, con las solas interrupciones de un paseo a la cafetería para comer y las visitas de los estudiantes que querían consultarme algo y no se perdían por el camino.

Pero en esta ocasión, la llegada de un bedel interrumpió mi solaz: el rector de la universidad quería verme, algo que no había ocurrido en los seis meses que llevaba de profesor. Caminé de nuevo por los pasillos detrás del bedel, un hombre inclinado, pequeño y algo dejado, al que el traje oscuro y la corbata no conseguían realzar. Creo que se llamaba Julián, en caso de que así fuese, Julián me guio por el laberíntico edificio hacia la zona noble, donde se encontraban, al lado de la capilla, la gran biblioteca y el rectorado. Esperé en la antesala a que el rector me recibiera, una espartana habitación forrada de maderas nobles y cuadros de santos. Me preguntaba si se trataría de una reunión protocolaria, tal vez el rector quisiera darme la bienvenida, aunque hasta entonces, habida cuenta de las circunstancias que me habían llevado hasta allí, yo había asumido que prefería evitarme. Resumiendo mucho lo que fue un proceso tortuoso, me había visto forzado a dejar la parroquia de

Berango por mi relación con Ane, y solo gracias a las gestiones del que fuera director de mi doctorado en Teología, a la sazón provincial de la Compañía, los jesuitas me habían recogido en su universidad. Esta nota biográfica me otorgaba una evidente pátina de incorrección, aunque tampoco es que llegara a ser un apestado; al fin y al cabo, el abandono de los votos por causa de relaciones sentimentales ha sido muy habitual entre los propios jesuitas. Pero digamos que era lo suficientemente inapropiado para justificar que el rector no me recibiera con grandes alharacas. Elucubraba qué otro motivo podía haber para convocar aquella reunión.

Por lo que había oído el rector Plazaola era el típico jesuita. Gesto cordial y bondadoso, combinado con una mirada inteligente y calculadora. Seriedad en los principios –obediencia absoluta, misión dirigida a la mayor gloria de Dios, despreocupación con los éxitos mundanos–, pero flexibilidad en los métodos. Una de cal y otra de arena. Y la marca de la casa: la retórica elaborada y enrevesada, a veces retorcida, las medias palabras y las medias sonrisas. También los engaños y los tapujos si el caso los requería. En definitiva, nuestro rector era un pragmático, eficaz y apreciado siervo de Dios.

Me recibió afable y sonriente, orondo y sonrosado, pleno de salud. Detecté el contraste de sus ojos incansables, atentos a cualquier señal de interés.

–Ya era hora, Azurmendi, ya era hora. ¿Qué tal el aterrizaje? *¿Nola hago?* –saludó.

Hablamos un poco de las clases y de mi integración en el claustro de profesores. Fue una conversación superficial, al parecer no había queja de mí, y comencé a intuir que el objeto de su llamada no era académico. Tardó unos minutos en ir al grano.

–Sé que ha establecido una buena relación con el pobre Arcadio –avanzó–. Esperemos que se recupere, *Jaungoikoaren laguntzaz*.

Asentí mientras el rector alzaba mínimamente los ojos hacia lo alto.

–Pero por desgracia eso no está en nuestras manos –afirmó categórico, a la vez que juntaba las suyas–. Tenemos que tomar cartas en el asunto y necesitamos su ayuda.

Ofrecí mi disponibilidad para ayudar en lo que fuera, expectante. Tras agradecerme entró en materia.

–Verá, quizás sepa ya que su biblioteca es de las más importantes del país, y posiblemente de Europa también, desde luego en Renacimiento. Un tesoro. La universidad ha colaborado en diversos proyectos y ha tenido... tiene intereses comunes con Arcadio.

Recordé la conversación con Miren y su indecorosa pregunta: quién se iba a quedar con el tesoro.

–Ahora que Arcadio está como está –prosiguió– necesitamos cuidar de esa que ha sido la ilusión de su vida –aquí el rector hizo una última pausa antes de ir al meollo de la cuestión–. Me han llamado esta mañana de la Ertzaintza, que quieren hacer unas comprobaciones

en la biblioteca, dicen. Nosotros hemos enviado ya a dos bibliotecarios nuestros a revisar el catálogo. Si la Ertzaintza tiene que ir, no sé para qué, que vaya.

Asentí. Pensé que si la Ertzaintza tenía que ir iba a ir en cualquier caso, pensara lo que pensara el rector, y que lo relevante era el porqué de ese interés. Plazaola me lo aclaró acto seguido.

—Me gustaría que usted les recibiera esta tarde, en la misma biblioteca, en el Casco Viejo. Vea cuál es el asunto, dicen que no es fácil que una estantería de esas se desplome, no sé...

Le miré sorprendido. ¿Podía no haber sido un accidente? Tampoco entendía por qué me enviaba precisamente a mí.

—Tengo entendido que usted tiene cierta experiencia, conexiones en la Policía —añadió entonces, aclarando también esto último—. Por el asunto aquel, cómo le llamaron los periódicos, lo del *castrato* de Sopelana. Por poca que sea, más experiencia que ninguno de nosotros. Además, me han informado de que conoce personalmente al subcomisario Barrutia, que está encargado de... las diligencias. Seguro que no es nada, comprobaciones rutinarias, pero me tranquiliza que esté usted allí. Por supuesto, no tiene obligación alguna.

Me quedé pensativo un instante, mientras el rector esperaba mi respuesta con un cierto apremio en la mirada. Las menciones al *castrato* y a Barrutia me traían recuerdos que estaban imbuidos de un aire irreal, novelesco, que no

casaba con la sobriedad, el aire grave de la rectoría. Resolví centrar mi mente en los aspectos prácticos del asunto; mientras el rector hablaba, acuciado por la fama de intrigantes de los dirigentes jesuitas, había intentado desmascarar dobles sentidos o intenciones ocultas. Pasé entonces a barajar los elementos delicados del asunto: la posibilidad de que lo de Ariza no hubiera sido un accidente, la probable pretensión de la Compañía de quedarse con la millonaria biblioteca, y, subterráneamente, la mirada asustada del propio Arcadio, pocos días atrás, cuando volvió de Cambridge con una primera edición del *Principia* de Isaac Newton. Ahora, yacía accidentado y moribundo —la *testa* rota y el empaque perdido—. Pero, a pesar de que mi mente se afanaba en buscar motivos de prevención, lo que sentía en realidad era esa excitación jubilosa que viene con la novedad, ese impulso a la acción que provocan los acontecimientos. Asentí con un gesto de mi cabeza, aceptando implícitamente el encargo.

Por pura precaución no había mencionado mi última conversación con Ariza, pero fue el rector quien se encargó de sacar el tema a continuación.

—Tal vez Arcadio le mencionara una reciente adquisición para la biblioteca —avanzó, y tras titubear un instante se decidió a nombrarlo—. Nada menos que una primera edición del *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica* de Isaac Newton.

Había utilizado un tono solemne al nombrar el libro, parecido al de Arcadio unos días atrás, y yo

correspondí con gravedad similar que efectivamente estaba al tanto de esa compra. Añadí que el profesor Ariza me había parecido preocupado por la importancia de aquella adición a su biblioteca, quizás *responsabilizado* fuese la palabra correcta.

El rector me observó entonces con un brillo especialmente intenso de sus ojos de reptil –así me lo parecieron por unos instantes, no hasta entonces ni después–. Parecía querer determinar cuánto sabía. Pero ¿cuánto sabía de qué?

Suavizó entonces la mirada, volvió su rostro afable.

–Verá, el *Principia* no está en la biblioteca. Es lo primero que hemos comprobado. No sabemos si Arcadio lo dejó en su domicilio, o quizás en algún otro lugar... pero por ahora preferiría que no lo mencionase.

Reaccioné con perplejidad. El rector carraspeó, por un momento pareció perder parte de su aplomo. Me decidí a poner encima de la mesa lo que sin duda estaba en la mente de los dos.

–Pero la Ertzaintza querrá saber...

Él se repuso. Juntó de nuevo las manos.

–Hay detalles de esa adquisición que estamos intentando aclarar. Le pido que por ahora mantenga el *Principia* al margen... ya veremos qué hacer cuando esté todo más claro. No tendrá problemas, al fin y al cabo, Arcadio no lo había incorporado todavía al catálogo de la biblioteca.

Mantuve un gesto dubitativo mientras hacía cálculos mentales. Por algún motivo que yo desconocía pero que parecía importante el rector estaba pidiendo tiempo, y por ahora no veía motivos insalvables para negárselo. Significaba ocultar información a la Ertzaintza, pero al menos se trataba de una información que yo no tenía por qué poseer. Y en cualquier caso, era una petición a la que no me podía negar después de que la orden me hubiera acogido bajo su protección.

—De acuerdo —concedí—, no mencionaré el *Principia*. Pero le ruego que me mantenga al corriente de sus indagaciones. Tenga en cuenta que este asunto va a pasar a ser muy serio si la Policía determina que el accidente de Ariza no ha sido tal accidente.

El rostro del rector se ensombreció en un gesto de alarma.

—Estoy seguro de que ha sido un accidente —rebatí, con un ademán que pretendía ser taxativo. Después recuperó su tono cordial, aunque de una forma que se me antojó forzada. Tras darme la dirección de la biblioteca, expresó un agradecimiento por mi colaboración que pareció sincero y dio por terminada nuestra conversación.

Me dispuse entonces a levantarme, aparentando una seriedad acorde con la gravedad del asunto, aunque en realidad sintiera cierto júbilo. Me satisfacía poder serle útil al rector de mi universidad —en general me satisfacía serle útil a cualquiera, y el rector no era solo cualquiera—. Y en cuanto a mi disposición a

verme involucrado en un *affaire* potencialmente escabroso, constaté algo sorprendido que era excelente, hubiera gato encerrado o no. Todo aquello no solo no me retraía, bien al contrario, estaba deseoso de ver en qué acababa. Mientras salía del despacho medité que las clases de Antropología me debían de estar aburriendo más de lo que pensaba, a pesar de mis denuedos; o tal vez fuera que mi involucración con el submundo criminal, a través del notorio asunto del *castrato*, me había cautivado más de lo que creía. Sacudí la cabeza mientras abandonaba la zona noble del rectorado, reconviéndome por la medida en que se estaba desbocando mi imaginación. Pensaba ya en rivalidades entre coleccionistas depravados, en ávidos bibliófilos sin escrúpulos. Pero entonces mi gesto se torció: Recordé que Arcadio yacía moribundo en la UCI de Cruces, y esa imagen hizo que mi cabeza volara a una caseta desvencijada del desierto peruano, en la que yo mismo me había visto obligado a confrontar a la muerte cara a cara. En realidad, sabía bien que la textura de los misterios criminales no suele corresponder con las versiones noveladas de nuestra imaginación. Evoqué sus aderezos habituales: Angustia. Sufrimiento. Muerte.

Con todo, al llegar un rato después a mi despacho había recuperado el ánimo travieso. El caso Newton, cavilé, mientras tamborileaba con los dedos sobre el escritorio.